

De cómo Severino Salazar y yo nos conocimos y nada más

Alberto Paredes

Imaginen esto. Gente, universitarios, entrando y saliendo al fin de la jornada matutina; la Facultad de Filosofía y Letras. Después de las dos de la tarde. Hernán Lara Zavala y yo estamos abandonando, juntos, la Facultad. Pero todavía dentro, aún no hemos llegado a cielo abierto, donde despide y saluda a todo mundo —que no percata el busto de Dante. Seguramente nos vamos a acompañar a nuestros coches, o incluso comeremos juntos, en las cercanías. Aperitivo un tequila, dos tequilas (uno yo, él dos). Fue entonces.

Veo, con cierto desagrado una nueva interrupción. Este pasillo principal, nuestro estrecho de Escila y Caribdis en tono menor. Un joven adulto que, flechas en sus ojos, lo ha fijado en el blanco de su mirada. No habrá salida. Un segundo después que yo, Hernán lo percibe. Se deja asaetear.

—¿Ya existe, Hernán!

—¿En verdad?

(Yo, sin abrir los labios: “Ajá qué emoción. ¿Cuántos minutos para desembarazarnos de él?”).

El otro abre el portafolios. (Va a ser Severino, por supuesto). Hernán, caballero impecable, le ayuda a sostener sus cosas. El otro, como puede, le garabatea algo en las primeras páginas.

—A Alberto también dale uno. Es un crítico. Muy prometedo.

Entonces, el otro me mira por primera vez. Percibo que trata de no hacer evidente que enfría el semblante, para examinar al amigo-del-amigo. Siguen hablando mientras me extiende, obediente y comprometido, un nuevo ejemplar. Me voy enterando, sin que hablen conmigo, que acaba de salir. Antes de la presentación, que al parecer será en la M. Ponce.

Cuando el otro está a punto de liberarnos (¿A quién más irá a buscar, Facultad adentro y a esas horas?) Hernán me dice:

—Tienes que leerlo. Es excelente. La primera novela de mi amigo. Y ya premiada. (¿Y si es cierto?, ¿si por una vez “el autor debutante” resulta de interés? Una mínima cautela: que me dé sus datos. Su estrategia me simpatizó: ante mi probablemente seca petición, toma el ejemplar que había puesto en mis manos, lo abre en la página blanca final, y algo escribe. El teléfono de su madre rey de su universidad, él no tiene. “Bien —me digo— al amigo dedicatoria, al desconocido nada en la página de honor sino el teléfono, atrás. *Fair play*”).

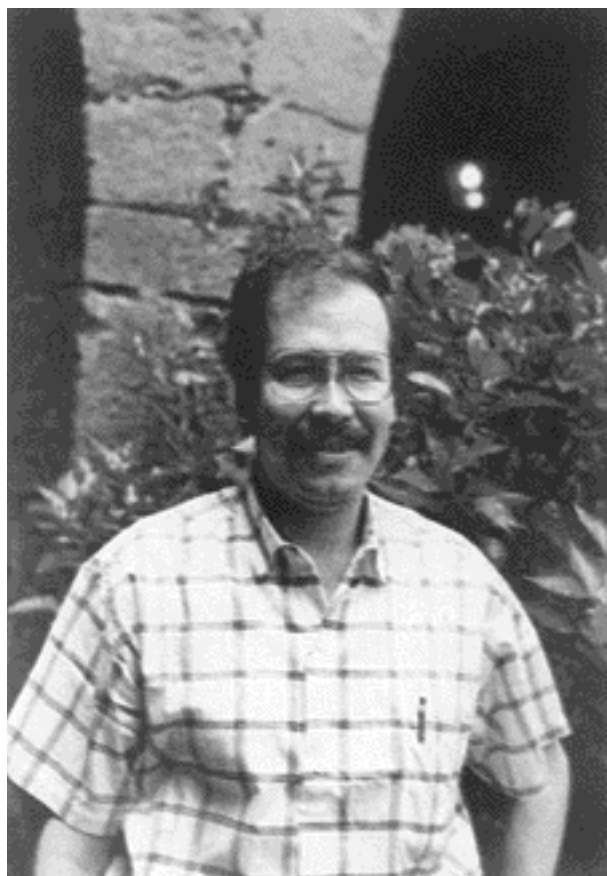
¿Cuándo fijar el acontecimiento? ¿Sospecha uno, mientras está brotando, como floración de jacaranda o bugambilia en el primer calor de marzo o abril, con sus mil pequeñísimos dedos aromados, cuánto ese bienaventurado accidente crecerá hasta convertirse en una vigo-

rosa fronda, a cuya penumbra refrescaremos los sucesos de nuestro destino? Pero el estallido tiene que pasar, aunque potente —el fulgor de esas ramas oscuras iluminándose de púrpura contra un cielo ya no invernal—, ¡nadavertido; nuestra vigilancia o conciencia lo entorpecerían. No mires lo que tu corazón está tramando: aliméntalo, síguelo. Pero al mirar en retaguardia, puedo decir que debió haber sucedido todavía en el invierno de 1984 a 1985. Antes de los tiempos de la inversión térmica y aún antes de una mañana que a todos nos marcaría: la del 19 de septiembre por venir. Lo sé porque puedo leer, en ese extraño relato autobiográfico que se llama *curriculum vitae*, la piedra que señala que el primer paso estaba dado: “La saga de Tepetongo”, reseña sobre *Donde deben estar las catedrales* *La Jornada Libros*, número 4, febrero 1985, p. 3.

Ahora la siguiente escena. Para ella, Severino y yo teníamos una frase. Estribillo que nos duró toda la vida de la amistad que, sin saberlo, habíamos empezado: fue lo que sucedió “en un fin de semana de reposo familiar”. Es decir, después de comer con Hernán y de animar nuestros comentarios y confidencias con aquellos caballitos, tomé el ADO a Pachuca. Decidí desarrinconar el ejemplar que Hernán me había obligado a tener. Objetivo del literato: poseer la menor cantidad posible de libros. Un dogma. No tenemos mansiones colosales con un área llamada “Biblioteca” ni castillos a la Montaigne. Vivir como en un naufragio: siempre “los pocos pero doctos libros juntos” que nos acompañan en la isla de la vida. Tirar por la borda todo lo que se pueda. Se llama “donativo a bibliotecas”. No hay más ruta. No es grave.

Saqué el ejemplar. Decidí ir en contra de mis recelos contra la sociedad de autores vivos, no porque supusiera algo de cierto en el brillo de alegría que esos dos amigos habían cruzado frente a mí. Creí en la amistad, no en la literatura. Un voto de confianza a Hernán. “Tienes que leerlo”. “No, Herny Boy, lo leo porque no tengo que leerlo; pero tengo que arriesgarme, digamos que por unas cinco páginas, (nunca más de diez: eso no) para darle congruencia a que creo en ti como amigo... que crees que tu amigo es un novelista; que yo tengo olfato. De ese modo, entre la segunda y tercera páginas podré desentenderme sin abonar los remordimientos de la semana.

¿En qué instante, en qué línea me sacudió el rayo de la lucidez?, ¿me tumbó de mi asiento del ADO o de la sala de mi casa familiar? ¿Algunos caminos llevan a Damasco? Imposible saberlo. Creo recordar que empezó como un rumor: algo no funciona, esto no está tan mal como para que pueda zafarme. Algo incomoda cuando uno no puede rechazar de inmediato un libro cualquiera de un autor irrelevante. Entonces, a lo largo de ese fin de semana de reposo familiar: concluí *Donde deben estar las catedrales*. Ya tenía yo, en la cabeza y en una hoja suelta,



Severino Salazar

un borrador de reseña. A teclearla no bien empezada la nueva semana.

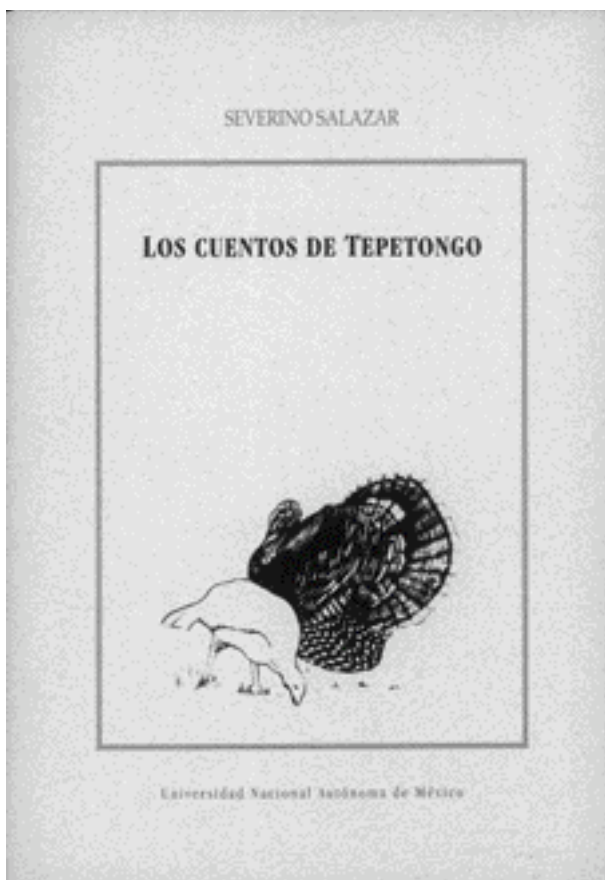
Sería diciembre de 1984 o enero de 1985... Si importara, en la editorial Katún podrían confirmar en qué semana exactamente Severino recibió sus ejemplares de autor. Fecha en la que estarían confirmando que podrían lanzar el libro en una sesión de la sala Manuel M. Ponce, de Bellas Artes. Vino de honor y un puñadito de novelas reporteros de cultura cubriendo ese tipo de mínimos sucesos. Sesión a la que no fui. La única presentación del libro de Severino que me perdería, estando en la misma ciudad, pero esto no lo sabía. No adivinamos lo que ha empezado a pesar en nuestra vida. No las penas, pero tampoco las alegrías.

Ese invierno y principio de año era un tiempo en que las cosas parecían, no sé, estar vivas, en todo caso moverse. Yo tenía un empleo, en la redacción de una revista. Mi tremendamente amigo-jefe, Álvaro Ruiz Abreu, me incitaba a que incrementara mi ritmo de publicaciones en la prensa. Te fogueas y te entran unos pesos. Así que a través suyo habré pasado a la redacción de *Nexos* esa reseña. Todo mi sarcasmo contra “los pueblos rabones y ciclistas” (yo, achilangado y nacido en capital de provincia) y que fuera en ese improbable seno que un novelista embebiera su tinta. ¡A estas alturas de la modernidad!, ¡cuarenta años después de *Al filo del agua*! ¡En el tiempo de las ciudades! Dioses y Musas: ustedes saben mejor que nosotros, no los entorpecemos

¿En qué instante, en qué línea me sacudió el rayo de la lucidez?, ¿me tumbó de mi asiento del ADO o de la sala de mi casa familiar?

con nuestras virtudes de voluntad. Con la miopía de nuestros juicios históricos.

Estaría yo esperando una llamada, que me confirmara que mi texto había sido programado, pero nada pasaba, incluso habré experimentado el desasosiego de no verlo en el número de febrero. Una llamada, una de tantas, como empleado de redacción: la voz era una combinación nueva para mí. Cortesía. Nerviosismo. Frases al mismo tiempo explícitas, pero incompletas; un tipo franco pero titubeante. Él sabía de lo que estaba hablando y yo no. Pero él no estaba consciente de que yo no sabía. Pasé del fastidio de no entender a la diversión. Hasta que mi parquedad (yo jugué el papel del —joven— colega que no entiende y deja al otro con la pelota brincándole de una a otra mano) lo habrá hecho armar la frase completa, o yo la reconstruí, hilando retazos:



—Fueron nuestros amigos comunes (*Nexo* soy ni los conocía; como Hernán: fenómeno trillado del amigo-del-amigo) quienes pasaron a la redacción de nuestro suplemento su reseña sobre Salazar. El que acaba de ganar el Premio Para Primera Novela. No habíamos rastreado a tiempo su teléfono. Todo tuvo que ser rápido. El suplemento está en sus primeros números. El periódico todavía está organizando su rutina de colaboradores. Su reseña, buena; sobre todo: tan oportuna: no podíamos desperdiciar la oportunidad de publicarla el mismo fin de semana que la presentación del libro. Esto es periodismo. Espero que lo entienda; que naturalmente cobre sus honorarios. Que acepte mis disculpas. Soy el secretario de redacción. Nos encantaría tenerlo como colaborador.

Me sentí halagado. Todo era serio sin dejar de ser una broma. Así la felicidad. Éramos adultos y jugábamos a serlo. Tratándonos de usted.

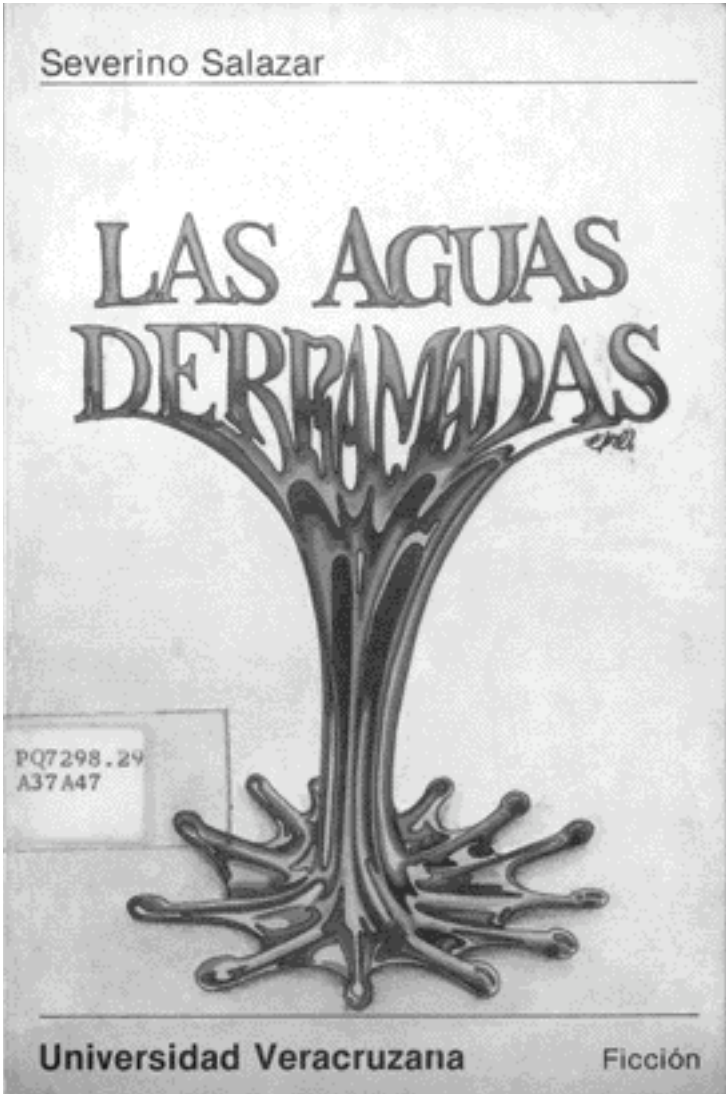
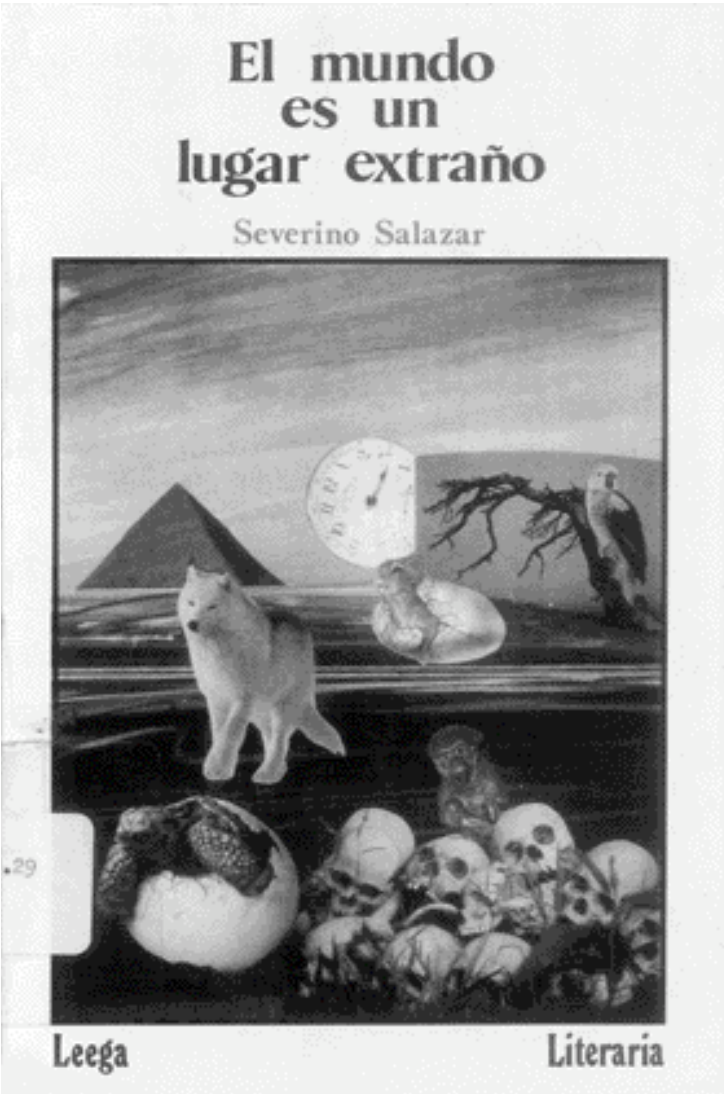
—Y bien, sí..., no habrá problema. Claro que la siguiente vez me gustaría enterarme *antes*, no después. No tengo ejemplar. Pero dígame, a todo esto, ¿de qué periódico o revista se trata?

—*La Jornada* —dijo, con tono de “por supuesto”, de “¿cuál otro está naciendo?, ¿cuál que cuente?”.

Pues eso sí que era un rumor de vida que todos oíamos y que se había tomado su tiempo para irrumpir en la superficie de los puestos de periódicos. *La Jornada*, emergiendo de la crisis del *Unomásuno*, uno de los dos vástagos necesarios del “golpe de estado al *Excélsior*”. (El otro, todos lo sabemos, el semanario *Proceso*, donde cinco años después me permitirían instalar mis comentarios literarios. Esto, claro, tampoco lo sabía. ¿He adivinado algo de mi vida?).

Cuando fui a las oficinas, Balderas número 68, conocí al dueño de la voz, el gentilísimo Enrique Mercado; dejamos el ustedeo. Nos hablábamos siempre. Llevar, enviar (con algún amigo, con el mensajero de la oficina), faxear la reseña siguiente. “Enrique, mi página tres, ya sabes”. “No te extiendas demasiado”. “De acuerdo, ya no puedo recortarle más. Te va a gustar”. “Te llamo si debemos ajustar”.

Fue de esa manera que, sin yo saberlo, ya era colaborador del sabatino *La Jornada Libros* y que, sin propo-



nérmelo pero él mereciéndolo había yo hecho la primera reseña, el saludo y la alabanza, al novelista que nació, S.S.

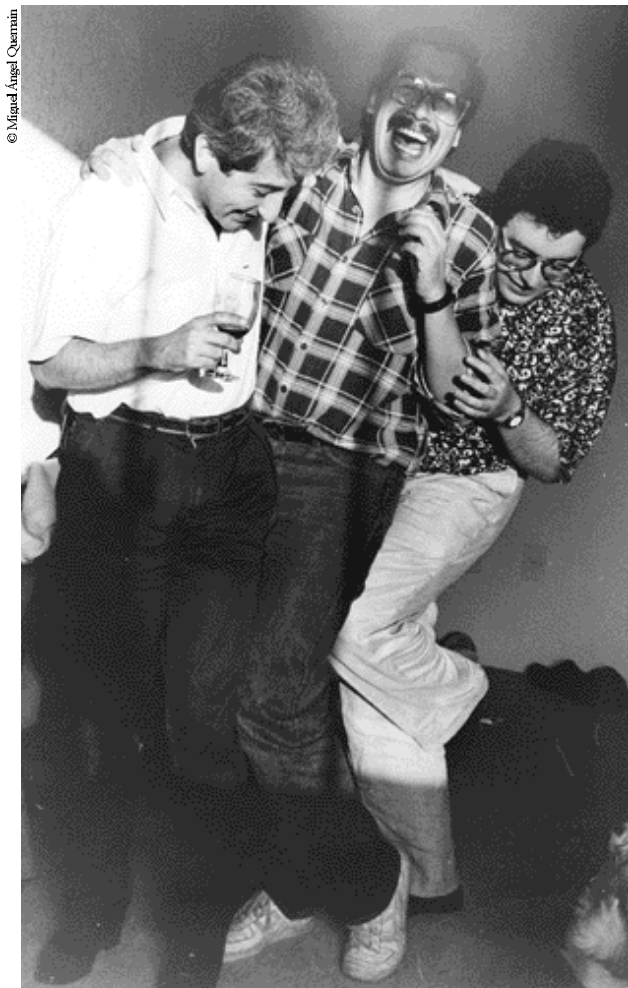
Imaginen ahora, por último, un área de museo acondicionada para hacer lectura literaria de “jóvenes valores”. En mi recuerdo es el de Arte Moderno. No tengo ninguna prueba. El poco público-mártir habitual. Una veintena o a lo sumo treintena. Dos o tres tipos al frente, en su mesa cubierta de fieltro, que siguen jugando a los jóvenes adultos. Lo que yo traería en el fólder bajo el brazo y ahora sobre la mesa: mis textos del primer *Dere- lictos*, recién aparecido o por aparecer, no sé. Sientan: sopor de media mañana dominical. Llevamos ya demasiado tiempo hablando, leyendo, respondiendo preguntas difusas de dos o tres espontáneos. Hora de hacer ruido con las sillas, marea que, como la otra, la verdadera, empieza a calladamente desde el fondo, cobra volumen conforme se acerca a la costa; toma su tiempo y una vez que se ha levantado hasta la estatura completa de su volumen entero, acepta disminuir, ola recedente, ya eco de pasos de los rezagados que siguen la huella de los que parten, buscando el sol de la tarde que empieza. A todo esto, los que éramos “los escritores” nos sabíamos no ami-

gos entre nosotros, de modo que abreviamos la pequeña incomodidad de dejar de actuar como fraternales colegas y cada quien intentaba abandonar la mesa por su cuenta. Pero conforme la onda seguía deshaciéndose en silencio, surgió de las últimas filas un leve ruido, alguien que había sabido esperar a que el último paso del último asistente se perdiera de vista y casi del oído, la última gota evaporándose en la playa otra vez intacta, para ponerse en pie y empezar a avanzar, llamando mi mirada con la suya.

No supe reconocer que era Severino, ya no dirigiéndose a Hernán (que se diluye de nuestros encuentros) sino a mí. Interrogué con los ojos. Ver que ese último convidado del público avanzaba discreto pero directo. ¿Sentirse halagado o fastidiado por un miembro silencioso del público que uno no sabe qué extravagancias va a preguntar o quizás a aseverar en un aparte? (Que no desenvaine un libro suyo, por favor). Era Severino. Empezaba a serlo. Me gustaba la novela: a lo mejor me simpatizaría la persona. Vino a dar las gracias.

—Tal vez podemos salir de aquí y buscar dónde comer juntos...

—Sí —dijo él.



Alberto Paredes, Severino Salazar y Antonio Marquet

Al final de esa comida, algún domingo bienaventurado y perdido de aquella primavera, la amistad había empezado. Risas y primeros disgustos sobre nuestro ambientito, arriesgados y confesados al otro. Un fin de semana familiar para leerte. Ser de Tepetongo. Presentar un libro en la M. Ponce. Que te reseñen en el periódico de moda intelectual.

Primer epílogo del principio. Otro escenario para literatos en ciernes. Coctel en el edificio de la SOGEM. Era algo importante. Homenaje a Josefina Vicens, quizás. Ahora ya nos reconocemos claramente los tres: Hernán, Severino y yo. Hernán:

—No olvides, Seve, que yo te presenté a Alberto; ya sé que se han visto y no me has echado un grito.

—¡Pero Herny Boy, si Alberto es un regalo que tú me diste!

La amistad, creer en un amigo escritor: como después me confirmaría Álvaro Mutis, ampliando la frase de Severino: regalo de los dioses.

Y eso es todo. El principio de una amistad, de una camaradería “como no hay otra igual”. El novelista y el crítico que se hermanan con la alegría de tantas afinidades y el beneficio de las diferencias. Vean, solamente, parados desde el leve promontorio del coctel en el edificio de la SOGEM (ahí donde acaba el principio), y hasta donde abarque la mirada del tiempo, tiren los ojos a lo lejos y vean: veinte años de amistad. Lecturas, escritura, amigos (no sólo Hernán: inevitablemente, hacerse amigos de Enrique Mercado; compartir la alegre acidez de Juan Vicente Melo); fastidios y entusiasmos, fobias y pasiones: todo compartido. En la medida de la paciencia para escuchar al otro. En México, Zacatecas, Pachuca, Xalapa y Veracruz, en la Huasteca y Tepetongo. Velardeana Semana Mayor de procesiones en San Luis Potosí, y visitar las queridas Lisboa, Coimbra y Porto. Descubrir juntos *dónde hay una catedral de catedrales*: esa mañana de abril, en Santiago de Compostela, ¿la recuerdas, Severino? Orvallo, Alvaríño y percebes. *Misa solemnis* al son del *botafumeiro* como inmenso badajo aromado. ¿Somos o no somos peregrinos? ¿Era ésa la pregunta central de tu vida? ¡Discutirlo tan estrambóticamente en el Hostal de los Reyes (cordero lechal y tinto portugués)! Todo ese tiempo aún existe. En alguna parte. Invisible y real como la vida.

—Pero, entonces, Severino, mi primera reseña, ¿qué opinas?

—¡Me encantó! Aun con lo que dices de la segunda parte, pero no se la voy a quitar, no insistas. ¡Fue nuestro doble debut en *La Jornada*!

—*Don de febrero*, que diría nuestro Monchito.

—Ahora, que por Tepetongo no te pares ni en sueños: eso de “pueblo rabón y bicicletero” nadie lo tragó. ¡Y epígrafe de los Panchos!

Carcajadas. El destino sonríe: nos ha dado veinte años.

Coyoacán, 25 de abril de 2007

La amistad, creer en un amigo escritor:
como después me confirmaría Álvaro Mutis,
es regalo de los dioses.